



SANDRA PENELAS

# “LA SALUD MENTAL INFANTIL ES LA GRAN OLVIDADA Y ESTIGMATIZADA”

El pontevedrés **Victor Pereira Sánchez**, profesor de Psiquiatría en la Universidad de Nueva York, desarrolla una investigación centrada en rediseñar los sistemas de atención a niños y adolescentes

Quería ser médico desde crío, nunca dudó de que ése sería su camino profesional y acabó trazando una carrera en la que convergen su vocación por ayudar a los más jóvenes y su interés por el funcionamiento de la mente. Víctor Pereira Sánchez (Pontevedra, 1990) es profesor asistente de Psiquiatría en la Universidad de Nueva York, donde también lleva a cabo una investigación becado por la Fundación Alicia Koplowitz que se centra en “repensar” los sistemas de atención de salud mental a niños y adolescentes.

“Todavía se sabe relativamente poco de las enfermedades mentales y de cómo funcionan los tratamientos. Y el reto en el caso de la infancia es aún

mayor. El cerebro en esa etapa todavía se está formando y es un área de estudio muy interesante para saber cómo funciona y ayudar de forma temprana a los niños y a sus familias”, comenta sobre su ámbito de estudio.

Hasta los 17 años, su vida transcurrió entre Pontevedra, la ciudad de origen de sus padres, Redondela, donde vivía la familia, y Vigo, donde estudió desde preescolar hasta Bachillerato en el colegio Montecastelo. Después cursó la carrera de Medicina y la especialización en Psiquiatría en la Universidad de Navarra e inició una tesis sobre

la acción de los psicofármacos en niños y adolescentes con TDAH que completó en la Universidad de Nueva York con una primera beca de formación avanzada de la Fundación Alicia Koplowitz entre 2019 y 2021.

Ya había hecho una estancia previa más corta, en 2018, en el Child Mind Institute, y sus jefes le animaron a trasladarse a EE UU: “En España también hay profesionales y centros muy buenos y grandes especialistas. Pero estar aquí te da la oportunidad de trabajar con expertos de prestigio internacional y en equipos grandes que dispo-

nen de muchos recursos para investigar. Cuando tienes la oportunidad de dar un salto más grande no hay que desaprovecharlo”.

Su segunda beca de la Fundación Koplowitz le llevó durante un año como investigador postdoctoral a la Universidad de Columbia y el pasado agosto volvía a la de Nueva York con la tercera ayuda de la entidad española para continuar sus estudios en salud

mental global y en la mejora de las políticas públicas, incidiendo en la prevención y la promoción de la salud.

“Los médicos están al pie del cañón pero también es necesario que haya

gente repensando el sistema porque si se cae ellos no podrán hacer nada. Mi investigación se centra en educar a diversos actores o determinados grupos de población para que haya más conciencia social y más apoyo a los niños que sufren estos trastornos y a sus familias”, destaca.

Uno de los proyectos que desarrolla desde Nueva York en colaboración con la Fundación Koplowitz consiste en diseñar una formación *on line* sobre salud mental para profesores de escuelas públicas de la Comunidad de Madrid. “Queremos que sepan reconocer signos de alarma y apoyar a los chavales. Es una experiencia pionera en España y si va bien queremos expandirla”, revela.

Abordar estas realidades en los colegios contribuirá, sin duda, a romper los prejuicios que todavía perviven:

“La salud mental es como la hermana pequeña de la medicina y la salud mental infantil incluso más. Es la gran olvidada y estigmatizada. Muchos de los problemas que afectan a los adultos empiezan en la infancia y la adolescencia y es importante atajarlos cuanto antes y evitar llegar tarde, cuando ya son crónicos. Y el problema de los tabúes es que muchas veces estos niños son discriminados, se les considera peligrosos o vagos. Y esto también inhibe a las familias a pedir ayuda, no quieren exponerse”.

Uno de los principales proyectos en los que Víctor trabaja actualmente en colaboración con la Universidad de Columbia involucra a la comunidad hispana que reside en el Bronx y otras zonas del norte de Manhattan: “Tienen unos lazos sociales muy fuertes, pero a la vez sufren más pobreza y tienen dificultades para poder acceder a una buena atención médica. Nuestro objetivo es ayudarles a desarrollar servicios de salud mental en sus propios barrios, para que no tengan que ir a un hospital, y que estén dirigidos por gente de su propia comunidad y adaptados a su modo de vida, sus valores y su cultura. Y decidimos que el mejor lugar para intervenir son las iglesias, porque son una comunidad muy religiosa y es un lugar que les une. Cambiamos los esquemas tradicionales y en lugar de tener que ir a los hospitales, donde están los especialistas, los llevamos adonde está la gente”.

La investigación que desarrolla Víctor, que en mayo pasado fue premiada por la New York County Psychiatric Society, también contribuye a que los ciudadanos pierdan el miedo a la salud mental. “Intentamos trasladar el mismo concepto de la salud física y los primeros auxilios. Si las familias, las escuelas o las comunidades del barrio están mínimamente entrenadas pueden detectar ciertas señales y brindar esa primera ayuda cuando alguien lo está pasando mal o tiene síntomas de ansiedad o depresión. La salud mental es parte de nuestra salud general y se puede aprender sobre ella y dar ciertos cuidados básicos”, defiende.

Por ahora, seguirá viviendo en Nueva York, ya que además de acceder a más recursos puede disfrutar de una mayor proyección internacional: “Tengo oportunidades de seguir creciendo y de hacer desde aquí un trabajo que tiene impacto en España y en otros países. Esta ciudad es un centro neurálgico para la ciencia y muchas actividades profesionales”.

También hay importantes lazos personales que lo mantienen en la Gran Manzana, ya que se acaba de comprometer con Thessalia, una neoyorquina con ascendencia griega. “Me caso el año que viene. Ella tiene muchas ganas de ir a Vigo porque aquí su restaurante favorito para las citas es gallego”, revela entre risas. Mientras tanto, es muy seguro que estas navidades puedan disfrutar de algún plato típico: “Vendrán mis padres y las madres gallegas nunca vienen con las manos vacías”. Eso sí, tendrán que conformarse con la iluminación navideña de Nueva York. “El año pasado vi las luces de Vigo por primera vez y no tienen nada que envidiar a las de aquí. En cuanto a concentración, gana Vigo”, asegura entre risas.



Obra de Pieter Bruegel sobre juegos de niños en el Renacimiento // FARO

## UNA SOCIEDAD BLANDA: ¿NIÑOS MIMADOS, ADULTOS DÉBILES?

SÁLVESE QUIEN PUEDA



FERNANDO FRANCO

Leo en este periódico el jueves que más de 16.000 adolescentes gallegos consumen hipnosedantes con o sin receta, y a un experto en adicciones, Antonio Rial, afirmar que no damos a los hijos herramientas para resolver la frustración y estamos ante una generación mucho menos feliz que las precedentes, para la que, teniéndolo todo, el peaje emocional es mucho mayor. Leí esto a las siete de la mañana, hora habitual de mi lectura de FARO, pero me impactó especialmente porque me había acostado horas antes estrenando ilusionado un libro sobre la vida cotidiana en la Inglaterra medieval de Ian Mortimer, con el que me entregué al sueño dando gracias por la vida que tenemos hoy, al menos en esta sociedad desarrollada donde tanta frustración tienen los adolescentes. Claro, en la Inglaterra medieval del XIV, de la que España podía ser un reflejo, los niños no andaban con frustraciones, porque gran parte se morían al nacer, lo mismo que sus padres no llegaban a los 50 años los bien situados, ni a los 45 los campesinos. Por eso podía pasar que el 35 o 40 por ciento de los individuos con los que te cruzabas eran menores de 15 años, tras sobrevivir al parto, enfermedades, abusos, palizas, e infanticidios

No había espacio entonces para los traumas psíquicos ni para depresiones porque la vida era lo que era, no se esperaba otra cosa y había otra concepción del pesar, el amor, el miedo, el dolor o el hambre. Uno vivía así o se moría si fuera menester y arre-

desarrolladas, aunque nuestro saber permita una alimentación mucho más sana (si uno no lo usa y se atiborra de basura alimentaria allá él), aunque seamos más altos y doblemos la media de vida de nuestros antepasados, aunque ya no contemplemos la posibilidad de arremeter a caballo contra otro jinete lanza en ristre en un torneo... aunque todo eso y mucho más haya demostrado lo mucho que evolucionó nuestra medio ambiente en salud, llenamos como nunca las salas de espera de una Sanidad desbordada ante tanto delirio de estar bien. Peor todavía: hacemos una demanda si un familiar se muere y no está muy claro porque no solo no aceptamos que se repita demasiado un dolor de cabeza; también exigimos la inmortalidad y que la muerte no sea contemplada como lo más normal de la vida.

Está claro que esta es una sociedad mucho más compleja, con nuevos ingredientes y factores que pueden hacer mella psicológica en los adolescentes. Uno habitualmente argumentado entre un millón es la desestructuración familiar, entre divorcios a tutiplén y aparición de modelos de familia que, si no los hay, los inventan ministras como **Loñe Belarra**. Ya, ya. Habrá que estudiar las condiciones precarias de familia en que vivían los niños de antes, testigos por ejemplo de violencias conyugales o maltratos a la mujer-madre de relacionadas con aficciones psicológicas. Un campesino no decía “estoy deprimido, oye”.

En el presente de las sociedades



Victor Pereira, en el lago de Central Park, en Nueva York.

// CEDIDA

